

## ANTES Y DESPUÉS DE LA MISA

He aquí lo que contaba hace muchos años un viejo canónigo de la Capilla Imperial:

No le deseo ni a mi peor enemigo lo que me ocurrió en el mes de abril de 1839. Se me había metido en la cabeza escribir una obra política, la historia del reinado de D. Pedro I. Hasta entonces había desperdiciado algo de mi talento en décimas

y sonetos, muchos artículos de periódico y algunos sermones que prefería ceder a otros sacerdotes, tras reconocer que carecía de los dones indispensables para el púlpito. En el mes de agosto de 1838 leí las Memorias que otro padre, Luís Gonçalves dos Santos, más conocido como el Padre Perereca, escribiera sobre los tiempos del rey. Y fue ese libro lo que me espoleó. Quizás me pareció mediocre y sin duda quise demostrar que un miembro de la iglesia brasileña podía hacerlo mucho mejor.

Comencé, pues, a reunir los materiales necesarios —diarios, debates, documentos públicos— y a tomar notas por todas partes y de todo. A mediados de febrero me comentaron que en cierta casa de la ciudad encontraría, además de libros para consultar, muchos papeles manuscritos, algunos reservados y de gran importancia, debido a que, lógicamente, el dueño de aquella casa, muerto desde hacía muchos años, había sido ministro de

Estado. Por otra parte, es comprensible que semejante noticia aguzara mi curiosidad.

La casa, que tenía una capilla particular a disposición de la familia y los habitantes de los alrededores, contaba también con un padre contratado para dar misa los domingos y confesar en la Cuaresma: era el reverendo Mascarenhas. Fui a verlo a fin de que intercediera por mí ante la viuda para consultar los papeles.

—Dudo que la señora lo permita —me dijo—. Pero voy a ver qué puedo hacer.

—¿Y por qué no habría de acceder? Se entiende que no consultaré sino lo que sea posible y con autorización de la señora.

—Lo sé, pero en esa casa guardan gran respeto por esos libros y papeles. Nadie se atreve a tocar las cosas que pertenecieron al marido. Se trata de una especie de veneración que la señora conserva y siempre conservará. Pero en fin, se hará lo que se pueda.

Diez días más tarde, Mascarenhas me trajo la respuesta. Según me dijo, en un principio la viuda se negó, pero el padre insistió, expuso las razones, le dijo que permitir el acceso a una parte de la biblioteca y el archivo, sólo a una parte, no constituía una falta al debido respeto por la memoria del marido. Al final consiguió, después de muchas reticencias, que pudiera presentarme en la casa. Desde luego, no tardé mucho en valerme de aquel favor y el siguiente domingo acompañé al Padre Mascarenhas.

La casa, cuya ubicación y dirección no es preciso mencionar, era conocida en el pueblo con el nombre de Casa Velha. Y sin duda lo era: databa de finales del siglo XVIII. Era una edificación sólida e imponente, de gusto austero, carente de adornos. Conocía su fachada desde que era niño, la extensa galería frontal, los dos amplios porto-

nes, uno especial para la familia y las visitas, y el otro destinado al servicio, a las cargas que iban y venían, a las siegas y al ganado que salía a pastar. Aparte de esas dos entradas había, en el lado opuesto, donde estaba la capilla, un camino habitualmente usado por las gentes de los alrededores para asistir a la misa de los domingos o rezar la letanía de los sábados.

Fue justamente por ese camino que llegamos a la casa, pocos minutos después de las siete de la tarde. Entramos a la capilla precedidos por un rayo de sol que retozaba en el azulejo de la pared interior, donde se representaban distintas escenas de las Escrituras. Era una capilla pequeña, pero muy bien conservada. Al lado izquierdo y debajo del altar, se hallaba la tribuna destinada exclusivamente a la dueña de la casa y a las señoras de la familia o las invitadas, quienes accedían al lugar por

el interior. Los hombres, los criados y vecinos ocupaban el cuerpo de la iglesia. El Padre Mascarenhas me lo explicó todo y me hizo notar los candelabros de plata, los finos e inmaculados manteles, el suelo en el que no se veía ni siquiera una brizna de paja.

—Todos los paramentos son así —concluyó—. ¿Y qué me dice de este confesionario? Será pequeño pero es un verdadero primor.

No había coro ni órgano. Ya dije que la capilla era pequeña. En ciertos días la concurrencia era tal que los fieles acudían a arrodillarse hasta el umbral de la puerta principal de la iglesia. Mascarenhas me enseñó la tumba, justo al lado izquierdo de la capilla, donde estaba sepultado el ex ministro. Lo había conocido hacia 1831, y me contó algunos detalles interesantes. Me habló también de la piedad y la tristeza de la viuda, de la veneración que sentía por la memoria de su marido, de los objetos personales que ella atesoraba

como verdaderas reliquias, de las frecuentes alusiones a él en cualquier conversación.

—En la biblioteca podrá ver su retrato —me dijo.

En ese momento empezaron a entrar a la iglesia algunos moradores de la zona, en su mayoría gente pobre de todas las edades y colores. Algunos hombres, una vez persignados, salían de nuevo para charlar mientras esperaban el comienzo de la misa. Acudían también unos cuantos esclavos de la casa; uno de ellos era el propio sacristán, quien, además de estar a cargo del aseo y el cuidado de la capilla, ayudaba en misa con gran pericia, salvo en materia de prosodia latina. Lo encontramos mientras ultimaba los preparativos, frente a una enorme y antigua cómoda de jacarandá con argollas de plata en los cajones. Poco después entró a la sacristía un joven de unos veinte años, simpático, de rasgos agraciados y talante franco, a quien el padre

Mascarenhas me presentó como el hijo de la señora, Félix.

—Ya sé —dijo él sonriendo—. Mi madre me habló de Vuestra Merced. ¿Viene a ver el archivo de papá, no es cierto?

Rápidamente le confesé mis planes y él me escuchó con interés. Mientras hablábamos llegaron otros hombres desde el interior de la casa: Eduardo, sobrino de la señora, también de veinte años, y el coronel Raimundo, viejo pariente, acompañado de otros dos o tres invitados. Félix me presentó ante todos y durante algunos minutos fui, naturalmente, objeto de suma curiosidad por parte de los presentes. Mascarenhas, bien ataviado y de pie, con la sotana en el borde de la cómoda, decía algo de vez en cuando, no gran cosa, pues en realidad, más que hablar, escuchaba con una media sonrisa anticipada en los labios, volviendo la cabeza a menudo en una u otra dirección. Félix lo trataba con una benevolencia rayana

en la reverencia. El joven me pareció inteligente y modesto. Los otros como mucho le hacían coro. Por su parte, el coronel no hacía otra cosa que confesar su apetito; se había levantado tarde y no había bebido café.

—Parece que ya es la hora —dijo Félix—. Y tras asomarse a la puerta de la capilla añadió:

—Mamá ya está en el banco. ¿Vamos?

Todos seguimos a Félix. Sentadas en el banco había cuatro señoras, dos mayores y dos jóvenes. Las saludé desde lejos y cuando ya había apartado la vista, me di cuenta de que hablaban de mí. Por suerte, el padre no tardó ni tres minutos en entrar, de modo que todos nos arrodillamos y se dio inicio por fin a la misa que, por fortuna para el coronel, no fue nada farragosa. Al término de la ceremonia, Félix fue a besar la mano de su madre y la de otra señora mayor, tía suya. Luego me condujo hasta la tribuna y me presentó a las dos damas. No hablamos de mi

proyecto. La señora de la casa se limitó a decirme con delicadeza:

—Doy por sentado que Vuestra Merced nos honrará acompañándonos a almorzar.

Me incliné afirmativamente. Ni siquiera atiné a responder que la honra era toda mía.

A decir verdad me sentía cohibido. La casa, las costumbres, las personas me evocaban aires de otro tiempo, todo exhalaba un aroma de vida clásica. Lo raro no era el uso de la capilla particular, sino más bien la disposición de la misma, la tribuna familiar, la sepultura del amo, justo ahí, al pie de los suyos, en una clara evocación de las sociedades primitivas en las que florecen las religiones domésticas y el culto privado de los muertos. Cuando las señoras salieron de la tribuna regresamos por una puerta interior a la sacristía, donde el padre Mascarenhas esperaba con el coronel y otros hombres. Desde la puerta de la sacristía, pasando por un zaguán, descendimos dos pel-

daños hasta un patio gigantesco, empedrado y con un aljibe en el centro. Los extremos estaban rematados por sendos porches; a la izquierda había algunos cuartos y a la derecha quedaban la cocina y la despensa. Las mulatas y los muleques me espiaban con curiosidad y yo diría que sin espanto, pues desde hacía días mi visita ocupaba a todos los habitantes de la casa. En efecto, se trataba de una especie de hacienda o villa donde los días, contradiciendo el refrán peregrino, se parecían demasiado unos a otros. Las personas eran las mismas, nada quebrantaba la uniformidad de las cosas, todo muy patriarcal e inmóvil.

Doña Antônia gobernaba ese pequeño mundo con mucha discreción, generosidad y justicia. Ser señora de la casa era algo que llevaba desde la cuna. Incluso en los tiempos en que la vida política de su marido y la entrada de éste en los concejos de Pedro I podrían haberla sacado del encierro y la oscuridad, doña Antônia rara vez

y con pesar abandonó sus quehaceres domésticos. Así, pues, durante todo el tiempo que duró el ministerio del marido, la señora sólo acudió a palacio en dos oportunidades. Era oriunda de Minas Gerais pero criada en Río de Janeiro, en esa misma Casa Velha donde se casó, perdió al marido y vio nacer a sus hijos: Félix y una niña que murió con sólo tres años. La casa había sido construida por el abuelo en 1780, a su regreso de Europa, de donde trajo aires de señor y costumbres de hidalgo. Fue él —y según parece, su hija, la madre de doña Antônia— quien confirió a la señora ese ápice de orgullo que desentonaba en medio de la llaneza esencial de su carácter. Deduje todo ello a partir de algunas anécdotas que me contó sobre su vida junto al ex ministro en tiempos del rey. Doña Antônia era más baja que alta, delgada, de complexión robusta, vestía con elegancia y austeridad. Debía de tener entre cuarenta y seis y cuarenta y ocho años.

Pocos minutos después estábamos almorzando. El coronel, pese a haber afirmado entre risas que tenía un agujero de medio palmo en el estómago, no comió demasiado y durante los primeros instantes permaneció en silencio. Me miraba oblicuamente y si pronunciaba alguna palabra lo hacía en voz muy baja, dirigiéndose a sus dos jóvenes hijas. No obstante, al final tomó confianza y, a decir verdad, no era mal conversador. Félix, el padre Mascarenhas y yo hablamos de política, del ministerio y de los acontecimientos que se estaban produciendo en el Sur. Noté en el hijo del ministro la cualidad de saber escuchar y de disentir mientras daba la impresión de aceptar los consejos ajenos, de modo que, algunas veces, uno recibía las opiniones elaboradas por él y suponía que se correspondían exactamente con las propias. Otra cosa que me llamó la atención fue que la madre, percatándose del placer que me proporcionaba la charla con su hijo, se mostraba

encantada y orgullosa. Comprendí entonces que todas las esperanzas familiares habían sido depositadas en el hijo, así que redoblé mis atenciones para con él. Lo hice sin esfuerzo, pero puede ser que la acción estuviera relacionada con mi necesidad de captar todo el afecto de la casa en beneficio de mi proyecto.

Tuve que esperar hasta el final del almuerzo para que se hablara del proyecto. Pasamos a la galería que comunicaba con el comedor y daba a un extenso patio. El suelo era de adoquines y el techo estaba sostenido por dos gruesas columnas de piedra. Doña Antônia me invitó a sentarme junto a ella y el padre Mascarenhas.

—Reverendo, la casa está a sus órdenes —me dijo—. Hice lo que el padre Mascarenhas me pidió con mucho esfuerzo, no porque lo considere a usted una persona incapaz sino porque los libros y papeles de mi marido son intocables.

—Créame que se lo agradezco mucho...

—Bien puede hacerlo —me interrumpió, sonriendo—. No haría esto con otra persona. ¿Necesita consultarlo todo?

—De momento no lo sé. Después de un rápido examen sabré más o menos lo que necesito. Y Vuestra Excelencia también será para mí el mejor libro, el más íntimo...

—¿Cómo?

—Espero que me cuente algunas cosas que seguramente habrán quedado ocultas. La historia se hace en parte con noticias personales. Vuestra Excelencia, esposa del ministro...

Doña Antônia se encogió de hombros.

—¡Bah! Nunca entendí de política, nunca me metí en esas cosas.

—Todo puede ser política, señora mía. Una anécdota, una conversación, cualquier cosa puede resultar al cabo muy valiosa.

Fue entonces cuando ella me dijo lo que antes he referido. Vivía metida en su casa, salía

poco y sólo había estado en palacio dos veces. Incluso confesó que la primera vez había sentido mucho miedo y que sólo al recordar las palabras del abuelo había logrado recuperar la calma.

—Salí de casa temblando. Era día de gala, llevaba puesto el traje cortesano. Por las portezuelas del carruaje veía multitud de curiosos. Cuando recordaba que tendría que saludar al emperador y a la emperatriz confieso que mi corazón latía con fuerza. Al bajar del coche el miedo no hizo sino aumentar, peor aún cuando subí las escaleras de palacio. De repente me acordé de lo que decía mi abuelo. Resulta que cuando el rey llegó a estas tierras mi abuelo me llevó a ver las festividades de la ciudad. Yo, que era todavía una niña impresionable, le dije que tenía miedo de toparme al rey en la calle. Entonces fue cuando él me miró y me dijo con ese tono grave que a veces adoptaba: «¡Niña, una Quintanilha no tiembla nunca!». Y eso

fue lo que hice, recordé que una Quintanilha no temblaba y así, sin temblar, saludé a Sus Majestades.

Reímos todos al unísono. Por mi parte declaré que aceptaba la explicación y que no le preguntaría nada. Luego hablé de otros asuntos. Puede ser que estuviera inspirado o quizás fuera la conversación de la viuda lo que me dio bríos. El caso es que vinieron a escucharme el hijo, el cuñado, las muchachas, y puedo afirmar que dejé la mejor impresión en todos ellos. Yo mismo lo noté, o eso fue al menos lo que me confirmó el Padre Mascarenhas unos días después.



Antes de despedirme fui a ver la biblioteca. En aquel vasto salón, a través de seis ventanas entreabiertas y protegidas con rejas de hierro, se apreciaba, enorme, la villa. Todo el lado opuesto estaba forrado de estanterías repletas de libros, la mayoría antiguos, y había también un buen número de infolios, además de textos de política, de teología, algunos de letras y filosofía, muchos de ellos en latín e italiano.

Mientras hojeaba los libros no dejaba de hacer comentarios que —para deleite de Félix,

quien había decidido acompañarme— tenían por objeto elogiar al padre, al tiempo que ofrecían al joven la posibilidad de hacerse una mejor idea de mí; idea ésta que se vio enriquecida cuando mis ojos se cruzaron casualmente con una edición de 1721 de la *Storia Fiorentina* de Varchi. Confieso que no he leído ese libro, pero un padre italiano a quien tuve ocasión de visitar en el Hospicio de Jerusalén, en la antigua Rua dos Barbonos, poseía la obra y me comentó cómo algunos ejemplares carecían de la última página, donde se refería el modo sacrílego y brutal en que un ciudadano había insultado al obispo de Fano.

—¿Se tratará de uno de los ejemplares mutilados? —pregunté.

—¿Mutilado? —repitió Félix.

—Veamos —continué a toda prisa—. No, aquí está. Es el capítulo 16 del tomo primero. ¡Una cosa indigna! «*In quest'anno medesimo nacque un caso...*». No vale la pena leerlo, es inmundo.

Puse el libro en su sitio. No tuve que mirar a Félix para percibir que estaba subyugado. Conste que me atrevo a confesar este incidente vergonzoso sólo porque, además de estar resuelto a contar todo, vale la pena explicar la influencia que acabé ejerciendo en aquella casa y, sobre todo, en el espíritu de aquel joven. Sin duda me tomaron por un sabio, tanto más digno de admiración cuanto que apenas contaba treinta y dos años, aunque a decir verdad no era más que un hombre instruido y curioso. Asimismo, dado que discreción tampoco me faltaba, evité manifestar mis reparos sobre la promiscuidad de las supercherías religiosas, mi inclinación por algunos padres de la Iglesia afines a Voltaire y Rousseau, y en esto no debía fingir nada; en el fondo los conocía, no completamente, pero había captado lo fundamental en sus escritos más importantes. En cuanto a lo que más me interesaba, hallé muchas cosas útiles: opúsculos, diarios, libros, informes, mazos de

papel rotulados y bien ordenados en pequeñas estanterías y dos grandes cajas que, según Félix, estaban llenas de manuscritos.

Había dos retratos, uno del finado ex ministro y otro de Pedro I. La claridad de la luz me permitió reconocer cuánto se parecía Félix a su padre, salvando la diferencia de edad, claro, porque el retrato era de 1829, cuando el ex ministro tenía cuarenta y cuatro años. La actitud era altiva, la mirada inteligente, la boca voluptuosa; ésa fue la impresión que me dejó el retrato. Pese a todo, Félix no poseía ni la primera ni la última expresión; la semejanza se reducía a la configuración del rostro, a la forma y viveza de los ojos.

—Aquí está todo —me dijo Félix—. Esa puerta conduce a una salita donde podrá trabajar cuanto quiera, si es que no prefiere hacerlo aquí mismo.

Ya he dicho que salí de ahí encantado y que la familia quedó igualmente encantada conmigo.

Tres días después comencé mis trabajos de investigación y sólo entonces le revelé a Monseñor Queirós, mi viejo maestro, el proyecto de escribir una historia del Primer Reinado. Y lo hice sólo como pretexto para contarle mis impresiones de Casa Velha y confiarle mis esperanzas de hallar algún material de valor político. Monseñor Queirós se limitó a menear la cabeza con aire desconsolado. Aquel hombre era un buen hijo de la Iglesia; él me hizo lo que soy, excepto en lo referente a mi tendencia política, pese a que en su época muchos servidores de Dios lo eran también del Estado. Monseñor no aprobó la idea, pero tampoco malgastó su tiempo intentando disuadirme. «Me parece bien mientras no perjudique a su madre, que es la Iglesia», me dijo. «El Estado no es más que un padraastro.»

Mi hermana y mi cuñado, que estaban al tanto del proyecto, recibieron con alegría mis noticias de lo ocurrido en Casa Velha. Mi herma-

na incluso me pidió que la llevara alguna vez a conocer la casa y la familia.

Comencé las pesquisas un miércoles y ese mismo día me di cuenta de que era más fácil planearlas, hacer las peticiones necesarias y obtener todos los permisos que llevarlas a cabo. Una vez me hube hallado en la biblioteca o en el gabinete contiguo con los libros y los papeles a mi entera disposición, me sentí incómodo, sin saber por dónde comenzar. No se trataba de una oficina pública, archivo o biblioteca, sino de una casa donde podía dar con alguna cosa privada y familiar entre tantos papeles y manuscritos. Intentando salir del atolladero le pedí a Félix que me ayudara y le comenté con franqueza la causa de mis prevenciones. Cortés, el joven respondió que todo estaba en buenas manos y ante mi insistencia, consintió en servirme (palabras suyas) de sacristán. No obstante, aquel día se disculpó aduciendo que tendría que salir y anunció que la

semana siguiente estaría ocupado de martes a sábado en la cosecha, pero que a su regreso se pondría a mis órdenes. Huelga decir que acepté el acuerdo.

Dediqué los primeros días al estudio de gacetas y opúsculos que, en parte, ya conocía, y debo decir que la parte restante no carecía en absoluto de interés. Al día siguiente, tal como lo haría a partir de entonces, Félix me acompañó en mis labores hasta que llegó el momento de ir al campo. Por lo general, yo llegaba a las diez, conversaba un poco con la dueña de la casa, las sobrinas y el coronel (el primo Eduardo se había marchado a São Paulo). Hablábamos de las cosas del día y no más de media hora después me recluía en la biblioteca con el hijo del ex ministro. A las dos en punto se almorzaba en Casa Velha. El primer día decliné la invitación, pero la señora declaró que mi presencia en la mesa era lo único que me pediría a cambio de los favores recibidos. O comía con ellos

o me retiraban mis privilegios. Todo dicho con tan buena cara que era imposible siquiera pensar en oponerse. De modo que comía y luego, entre las tres y las cuatro de la tarde, descansaba un poco antes de continuar mi trabajo hasta el atardecer.

Uno de esos días, cuando Félix aún estaba en la vendimia, Doña Antônia fue a visitarme a la biblioteca con el pretexto de ver cómo iba mi trabajo, algo que francamente le tenía sin cuidado. En la víspera de aquella visita, a la hora del almuerzo, le había dicho que me gustaría visitar Europa, especialmente Francia e Italia, y que muy probablemente haría el viaje en cuestión de meses. Ese día, en la biblioteca, mediadas algunas palabras intrascendentes, Doña Antônia llevó la conversación hacia el tema del viaje y acabó pidiéndome que convenciera a su hijo de acompañarme.

—¿Yo, Señora mía?

—No le extrañe esta petición. A pesar del poco tiempo que ha estado entre nosotros, he

podido darme cuenta de la simpatía que se profesan Vuestra Merced y mi hijo, y sé bien que si usted se lo pide él accederá.

—No creo que tenga más influencia que la madre. ¿Ha intentado decírselo usted misma?

—Sí —respondió Doña Antônia con una entonación grave que traslucía la futilidad de sus súplicas. Sin embargo, se apresuró a añadir de modo alegre:

—Las madres como yo no pueden con sus hijos. El mío fue criado con mucho amor y bastante debilidad. Se lo he pedido más de una vez y él se niega siempre diciendo que no quiere separarse de mí. ¡Mentira! La verdad es que no quiere salir de aquí. No tiene ambiciones, deja los estudios incompletos, no le importa nada. Tenemos parientes en Portugal. Ya le dije que fuera a visitarlos, que ellos deseaban verlo, y que viajara después a España, Francia y otros lugares. José Bonifacio estuvo allá y contaba cosas muy intere-

santes. ¿Y sabe lo que me respondió? Que tiene miedo del mar. O bien insiste en que no quiere separarse de mí.

—¿Y no cree que la segunda razón sea la verdadera?

Doña Antônia bajó la mirada y contestó algo apesadumbrada:

—Puede ser.

—Si es ésa la razón verdadera, habría un modo de conciliarlo todo, y es que ambos hagan el viaje. Para mí sería un enorme placer viajar con ustedes dos.

—¿Yo?

—¿Por qué no?

—¿Yo? ¿Dejar esta casa? Debe de estar bromeando. De aquí a la sepultura. No viajé de joven; ahora que soy vieja no pienso meterme en semejante locuras. Él sí, que todavía es joven y lo necesita...

En ese momento tuve una sospecha repentina:

—Señora mía, si es que su hijo sufre de alguna dolencia que...

—¡No, no, gracias a Dios! Digo que lo necesita porque es joven y mi abuelo decía que para ser un hombre completo es preciso ver todas esas cosas. Sólo lo decía por eso. No, mi hijo no sufre de ninguna dolencia. Es un muchacho fuerte.

Era imposible, amén de impertinente, intentar obtener la razón secreta de su petición, si es que la había, como a mí me pareció. Puse fin a la charla diciendo que invitaría al joven. Doña Antônia me dio las gracias, declaró que no me arrepentiría de tener a su hijo por compañero de viaje y pasó a enumerar las muchas virtudes de Félix. En ese momento quise pasar a otro tema, pero ella insistió en el asunto del viaje, intentando que nos familiarizáramos con la idea y de paso obligándome moralmente a materializarla. Al día siguiente la señora volvió a la biblioteca con otro pretexto: vino a mostrarme una cajita de rapé que

había pertenecido al marido y que era la verdad una preciosidad, cosa que no dudé en manifestar. Entonces Doña Antônia me pidió que aceptara el objeto como recuerdo del difunto. No me quedó más remedio que aceptarlo. Charlamos un rato más sobre el viaje, dos palabras apenas, y finalmente me dejó a solas.

No me sentía bien conmigo mismo. Me había visto inducido a realizar una promesa imprudente cuya ejecución parecía obedecer a circunstancias extrañas y oscuras, probablemente graves. Las peticiones de Doña Antônia, las razones expuestas, las reticencias y finalmente todos esos mimos que no tenían otro objeto que el de cautivarme y halagarme, todo daba mucho que pensar. Aquella noche fui a casa del Padre Mascarenhas para interrogarlo. Le pregunté si sabía alguna cosa del joven, si era díscolo, si su vida tenía algún tipo de irregularidad. Mascarenhas no sabía nada.

—Hasta donde sé el muchacho es un modelo de sosiego y seriedad —concluyó—. Bien es cierto que yo no voy a esa casa sino los domingos.

—Pero los domingos valen como días santos —contesté riendo.

Félix regresó de la cosecha dos días después, un sábado, y al día siguiente no fui a Casa Velha. El lunes le hablé al joven del viaje y de cuánto me gustaría llevarlo conmigo. Me respondió que, si pudiera, para él sería todo un placer acompañarme, pero que de momento le resultaba imposible. Insistí, le pedí las razones y me mostré tan interesado que él, desconfiando, fijó sus ojos en mí y dijo:

—¿Fue mamá quien le pidió invitarme?

—No lo niego, fue ella misma. Le comenté que tenía intenciones de viajar a Europa dentro de unos meses y entonces ella me habló de usted y de las veces que le había aconsejado hacer un viaje. ¿Qué es lo que le sorprende?

Félix no dejó de mirarme de hito en hito, como si quisiera descender al fondo de mi conciencia. Al cabo de unos instantes me respondió parcamente:

—Imposible. No puedo ir.

—¿Por qué?

En ese momento el joven no pudo reprimir un gesto casi imperceptible de orgullo. Obviamente, le halagaba la curiosidad de un extraño. No obstante, ese pequeño asomo de presunción no tardó en desaparecer de su rostro, bien por la naturaleza de su espíritu, bien por mi carácter sacerdotal. Entonces confesó con una sonrisa que no podía separarse de su madre. En rigor, yo debía dejar de preguntar y regresar al examen de mis papeles, pero la maldita curiosidad me punzaba. Le hice ver que el sentimiento era digno y justo pero que, dado que en el futuro se vería obligado a vivir entre los hombres, debía comenzar por conocerlos y no restringirse a la vida sencilla y monástica

de la familia. Por otro lado, aduje que el contacto con otras civilizaciones necesariamente atemperaba el espíritu. El joven escuchó todo en silencio pero sin prestar mucha atención. Y cuando acabé mi parlamento, declaró poniendo fin a la discusión:

—Bien, puede ser que lo haga, ya veremos. Supongo que estará a punto de marcharse, así que hablaremos de esto después. No sé, ya se verá...Y, cuénteme, ¿cómo va su trabajo?; ¿va adelantando?

No volví a insistir ni a recordar el asunto a pesar de la madre, que no dejó de recordarme el viaje en alguna oportunidad. Me pareció que lo mejor sería acelerar la conclusión de mi trabajo y perder todo contacto con una intimidad que podía traerme complicaciones y disgustos. A partir de entonces los momentos pasados en Casa Velha fueron los mejores, regulares, tranquilos, ajustados a mi talante sosegado y clerical. Llegaba temprano, conversaba unos minutos y me recluía en la biblioteca hasta la hora del almuerzo. El café

lo tomaba en la galería grande, situada entre el comedor y el patio de las casuarinas, llamado así por estar cubierto de esa clase de árboles, y me marchaba antes de la puesta de sol. Félix me ayudaba a menudo, pues tenía tiempo de sobra, y cuando no estaba conmigo era porque había salido a cazar o estaba leyendo, o bien porque había ido a la ciudad a pasear o para ocuparse de algún negocio familiar.

Así iba todo hasta que un día, hallándome solo en la biblioteca, oí un ruido proveniente del exterior. En un principio fue el chirrido del carro de bueyes, algo que ignoré por haberlo oído ya otras veces: imaginé que se trataba de uno de los carros que traían frutas y legumbres una o dos veces por la semana desde la huerta. Sin embargo, poco después oí otro chirrido de ruedas que, me pareció, pertenecían a un carruaje, un intercambio de voces y una suerte de choque entre los dos vehículos. Me asomé a la ventana y comprobé mis

suposiciones. Una calesa había estado a punto de chocar con el carro de bueyes cuando éste último se apartó para abrirle paso. Ni el cochero había conseguido contener a las bestias ni el carro de bueyes alejarse a tiempo, pero por fortuna no hubo otra consecuencia más que la algarabía. Cuando llegué al alféizar el carro acababa de pasar y la calesa no tardó en recorrer la escasa distancia que la separaba de la puerta que había justamente bajo mi ventana. Tampoco tardé en ver, tras las cortinas entreabiertas del carruaje, la carita lozana y sonriente de una muchacha que parecía mofarse del peligro. Miraba, reía y hablaba con alguien dentro de la calesa. No vi más que su rostro y algo de su cuello, pero un instante después, detenido el carruaje ante la puerta, se descorrieron de par en par las dos cortinas de cuero y fue entonces cuando la joven y otra mujer descendieron rápidamente para entrar en la casa. «Visitas», pensé.

Regresé al trabajo. Ya eran las once y media. A eso de la una entró en la biblioteca el hijo de Doña Antônia, que acababa de llegar de la plaza, donde había estado atendiendo desde muy temprano un negocio de su tío, el coronel. Lo hallé particularmente alegre, expansivo; me hacía preguntas sin prestar apenas atención a las respuestas. De ningún modo me habría acordado ahora de estas cosas si no se hubieran ligado, como ya veremos, a los acontecimientos posteriores. La prueba de que entonces no presté gran importancia al estado de ánimo de Félix es que casi ni le contesté, y en ningún momento dejé de revisar los papeles. Hojeaba una resma de copias relativas a la Cisplatina, así que prefería el silencio a cualquier tema de conversación. Aun así, Félix no estuvo mucho tiempo conmigo. Poco antes de las dos y en un momento en que me hallaba terminando mi trabajo, el joven volvió a entrar a la biblioteca para

acompañarme al comedor, adonde no tardamos en llegar.

Doña Antônia, que solía sentarse a la mesa acompañada por su hermana (la señora mayor que había visto el primer día en la capilla), vino esta vez con una nueva comensal. Me informaron de que era una amiga de la familia y se llamaba Mafalda. Cuando ya estábamos sentados, Doña Antônia le preguntó a la invitada:

—¿Dónde está Lalau?

—¡Dónde va a estar! Jugando con el pavo real. Pero no se preocupe, Doña Antônia, vamos empezando. Es posible que ni tenga hambre porque antes de venir se comió una copa de melado con *farinha*.

—¿La calesa llegó muy tarde? —preguntó Félix a la invitada.

—No, señor, incluso tuvo que esperarnos.

—¿Y cómo está su hermano?

—Muy bien. Es mi cuñada la que anda un

poco enferma. Después de la erisipela que tuvo en Navidades nunca se repuso del todo.

Comentaron alguna que otra cosa, pero como nada suscitó mi interés, ni en la conversación ni en la invitada, que era una persona vulgar, hice lo que suelo hacer en esos casos: ensimismarme. Para entonces ya había comprendido que la invitada era una de las pasajeras de la calesa, y que la otra debía de ser la jovencita cuya cara vi entre las cortinas; y finalmente, que entre esa gente y la familia de Casa Velha tendría que existir algún tipo de relación íntima, puesto que, contrariando una orden expresa de la señora, Lalau andaba detrás del pavo real en lugar de estar sentada a la mesa con nosotros. Pero, en fin, todo eso resultaba insignificante para alguien que tenía en la cabeza la historia de un emperador.

Lalau apareció entre el primero y el segundo plato. Venía un poco acalorada, con su cabello corto alborotado. Doña Antônia le preguntó si no

estaba cansada de tantas travesuras, y cuando Lalau se disponía a contestar, notó mi presencia y se quedó callada. Atenta a todo lo ocurrido, la señora se dirigió a mí:

—Reverendo, es preciso confesar a esta pequeña y ponerle alguna penitencia para ver si aprende. Mire cómo ha vuelto hace nada y ya está aquí en semejante estado. Ven aquí, Lalau.

La joven se aproximó a Doña Antônia y ésta le arregló el cuello del vestido. Luego se sentó frente a mí, junto a la otra invitada. Era una criatura adorable, espigada, con no más de diecisiete años, dueña de unos ojos como no he vuelto a ver otros, claros y vivos, capaces de sonreír cuando la boca no lo hacía. Y debo confesar que cuando la risa se producía conjuntamente entre las dos partes, era posible afirmar que la fisonomía humana lindaba con la angélica, y toda la inocencia y toda la alegría que hay en el cielo parecían hablar a través de ella a todos los hom-

bres. Esto puede parecer exagerado a unos y vago a otros, pero de momento no encuentro un modo mejor de traducir la sensación que esa jovencita logró provocar en mí. Durante unos instantes la contemplé con infinito placer. Hube de fiarme de mi carácter sacerdotal para saborear toda la espiritualidad de aquel rostro delgado y fresco, tallado con la misma gracia que el resto de la persona. No digo que todas las líneas fueran perfectas, pero el alma se encargaba de corregirlo todo.

Se llamaba Claudia. Lalau era su nombre familiar. Huérfana de padre y madre, vivía en casa de una tía. Casi podía decirse que había nacido en Casa Velha, donde los padres vivieron mucho tiempo en calidad de agregados. El padre, Romão Soares, antes de dedicarse a un oficio mecánico había pertenecido a la guardia de caballería; la

madre, Benedita Soares, era hija de un escribano de la hacienda y, según la propia Doña Antônia, fue una de las mujeres más bellas que ella conoció desde los tiempos del rey.

Si bien no nació allí, Lalau se crió en Casa Velha, y tanto ella como su madre siempre fueron tratadas igual que otras relaciones de la familia. Por tanto, más que empleadas eran invitadas. De ahí la confianza de la jovencita, que llegaba incluso a infringir el orden austero de la casa ausentándose de la mesa en presencia de la señora de la casa. Lalau viajaba en la calesa de Doña Antônia y vivía de lo que ésta le daba, que no era poco. En compensación, la joven amaba sinceramente la casa y la familia. Tras quedar huérfana en 1831, Doña Antônia se esmeró en completar su educación, de modo que Lalau sabía escribir, coser, bordar y estaba aprendiendo a hacer ganchillo y encaje.

Fue Doña Antônia quien me informó de todo esto aquella misma tarde, a la hora del café.

Agregó que le gustaría casarla cuanto antes, ya que tenía la responsabilidad de velar por su destino y temía que le ocurriera lo mismo que a otra empleada, seducida por un saltimbanqui en 1835.

En ese momento la joven se acercó, sin ocultar su curiosidad por mí. Estábamos en la galería.

—Voy a confesarla —le dije—. Pero ay de usted si me niega algún pecado.

—¡Qué pecado, Dios mío! Yo no he cometido ningún pecado. Doña Antônia es la que anda inventando esas cosas. ¿Pecados, yo?

—¿Y qué hay de las travesuras? —le pregunté —. Fíjese en lo de hoy, estuvo a punto de ocurrir un desastre en el camino entre el carro de bueyes y la calesa, y Vuestra Merced, en lugar de ponerse seria y pensar en Dios, asomó la cabeza por entre las cortinas, riéndose como una niña.

—¿Y acaso no es una niña? —opinó Doña Antônia.

Lalau me miró asustada.

—¿Dónde estaba usted, señor padre?

—Estaba en el cielo, espiondo.

—¡Ah! Déjese de bromas. Diga dónde estaba.

—Ya se lo dije, estaba en el cielo.

—¡Por Dios, dígame dónde estaba!

—¡Lalau!, ¿qué modales son éstos? —la reprendió Doña Antônia.

La chica guardó silencio, visiblemente molesta. Fui yo quien acudió en su ayuda y le conté que estaba en la ventana de la biblioteca cuando ella había llegado. Doña Antônia ya estaba al tanto de todo, pues en aquel lugar hasta el hecho más insignificante merecía largas conversaciones. No obstante, la jovencita narró con detalle lo ocurrido, incluyendo sus alegres sensaciones. Confesó que no tenía miedo de nada y que incluso tenía ganas de ver un desastre para saber realmente cómo era. Y dado que su modo de conversar era entrecortado, se interrumpió para preguntarme si de ahora en adelante yo sería el encargado de decir misa, en lugar

del Padre Mascarenhas. Le respondí que no y ella quiso saber qué estaba haciendo en la biblioteca.

Le dije que ganchillo y a ella pareció agrada-  
rle la respuesta.

Supongo que la joven halló entre nuestros espíritus algún punto de contacto.

La verdad es que al día siguiente, cuando me vio entrar en la biblioteca, fue a departir conmigo, ansiosa de saber a qué me dedicaba. Le dije que examinaba unos papeles y me escuchó con atención, curioseó un poco entre mis notas y me hizo algunas preguntas, aunque pronto perdió todo interés y se puso a contemplar la biblioteca, una habitación que rara vez se abría. Conocía los retratos pero aun así parecía sentir placer observándolos, sobre todo el del ex ministro. Quise saber entonces si ella lo había conocido y me contestó que sí, que era un hombre muy dis-

tinguido, con aires de rey. A continuación permanecimos en silencio durante largo rato, Lalau contemplando el retrato, y yo a ella. La quietud se rompió con una frase murmurada por la joven, para sí misma y para Dios:

—Es muy parecido...

—¿Parecido a quién? —pregunté.

Lalau se estremeció y me miró avergonzada. No hacía falta nada más: lo adiviné todo. Aunque por desgracia, todo no era todavía todo.